

080. Gracia de gracias

¿Podemos llamar a la Eucaristía “la gracia más grande de Dios”?... Discurremos un poco, y cada uno podrá decir si está conforme con la respuesta final.

Gracia es lo mismo que don, regalo, merced. Ahora bien, ¿hay algún regalo mayor que Dios cuando se da a Sí mismo? Imposible un regalo mayor. Entonces, si Dios se nos ha dado en Jesucristo, y Jesucristo se nos da en la Eucaristía tal como es: con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, ¿puede haber una gracia mayor que la Eucaristía? ¿Se puede recibir algo mayor de lo que recibimos en la Comunión? ¿No?... Entonces, tenemos en la Eucaristía la gracia mayor de Dios.

Nadie negará que hemos discurrido bien, ¿no es así?...

Cuando ha acabado la consagración en la Misa, el celebrante nos dice: *¡Este es el Sacramento de nuestra fe!* Y nosotros asentimos, sabiendo que ahí está Jesucristo en persona.

Aquí tenemos ya la primera gracia de este Sacramento: una vivencia extraordinaria de la fe. Dios, que nos salva por la fe, aquí la reaviva de continuo, y la Eucaristía ha venido a ser la piedra de toque para distinguir la autenticidad del creyente: “*Esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre*”, son unas palabras del Señor que nos ponen ante una opción arriesgada. ¿Creo, sí o no?...

San Pompilio Pirrotti, sacerdote de las Escuelas Pías, hizo milagros extraordinarios. Y un día estuvo a punto de realizar uno nuevo muy sonado. Aunque no hizo falta. Predicaba sobre la presencia real de Jesús en la Eucaristía, cuando gritó a los oyentes:

- *¿Creen o no creen que Jesucristo está aquí presente? Si no lo creen, estoy dispuesto a hacerle hablar al Señor, y todos quedarán llenos de espanto.*

Como todos creían —por eso estaban en adoración—, el Santo no siguió. De hallarse algún incrédulo allí, Pompilio era capaz de cualquier cosa..., y Jesús le hubiera hecho caso.

Tomás en el cenáculo hubo de mirar y tocar las llagas de Jesús para creer; nosotros creemos sin ver, y, según la palabra de Jesús, somos mucho más afortunados. ¡Es enorme la gracia de la fe, acrecentada por la Eucaristía!

Esa fe nos dispone a recibir a Jesucristo en la Comunión, y, al recibirla de hecho, la Gracia de Dios que llevamos en el alma se nos aumenta de manera para nosotros inconcebible. Las expresiones cristianas sobre este crecer de la Vida de Dios en nosotros por la Comunión, son casi sobrecogedoras.

Una que se nos repite muchas veces, proclama: “*¡El alma se nos llena a rebosar de gracia!*”.

Esta fórmula no es más que un eco de la palabra de Jesús: “*Quien come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él*” (Juan 6,56)

Tertuliano, escritor de los primeros tiempos, nos explicará esta fe de la Iglesia antigua con unas palabras fuertes: “*Nuestra carne se nutre con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para que el alma se engorde con la misma sustancia de Dios*”.

¿Qué deja Jesucristo en nosotros cuando lo hemos recibido en la Comunión? Ciertamente que no somos los mismos al retirarnos del comulgatorio que cuando hemos ido a él. Algo y mucho queda de Jesucristo en nosotros. Como una comparación, tenemos el caso de Teresita de Lisieux, Doctora de la Iglesia.

Una hermana le pregunta, algo intrigada:

- *Sor Teresa, ¿pero, qué está mirando en ese copón vacío? No hay en él ninguna Hostia consagrada. Jesús no está ahí.*

- *¡Oh, ya lo sé! Pero ha estado hace poco, y ha dejado alguna señal de su presencia, algún aroma de sus virtudes y algo de la bondad de su Corazón.*

¿Puede ocurrir eso en un copón, que es puro metal? No, la huella de Jesús no está en el copón, sino en la imaginación nuestra. La realidad de la presencia de Jesús ha quedado en nuestro ser, después que lo hemos recibido. Al desaparecer en nuestra boca y en nuestras entrañas las sagradas especies del pan y del vino, dejan como una huella divina, como un rastro perfumado, como una presencia misteriosa de ese Jesús que se ha ido y, a la vez, se ha quedado de manera más intensa con nosotros.

Esa gracia de la fe y de la presencia misteriosa de Jesucristo causadas por la Comunión, se completan con la gracia en su plenitud y desarrollo total, como es la visión de Jesús en la gloria. Aquí la palabra del Señor es terminante: *“Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”* (Juan 6, 54). La Eucaristía es una sola Gracia, que se inicia con la fe, se acrecienta con la Comunión, y se consume con la gloria.

A Santa Magdalena de Pazzis, desvanecida después de comulgar, le preguntan intrigados, una vez que ha vuelto en sí: *-Pero, ¿qué pasa?* Y ella, con naturalidad, como si a todos les ocurriera lo mismo:

- *No sé. En este rato no sabía si estaba viva o muerta, si dentro de mi cuerpo o fuera de él, si en la tierra o en el cielo. Yo no veía ni sentía más que a Dios.*

Todo nos dice lo mismo. Que Dios se nos ha dado todo en Jesucristo, y que Jesucristo por la Comunión se nos da del todo también.

La Eucaristía es la gracia sobre toda gracia, el regalo sobre todo regalo, el don sobre todo don.

Jesucristo se empeñó en hacerse UNO con nosotros; puso en funcionamiento su imaginación y sabiduría; dio riendas a su amor, y su poder ha realizado lo irrealizable. Moriremos sin haberlo entendido.

Pero eso que no cabe en nuestra cabecita, es la maravilla que ideó la mente de Jesucristo y llevó adelante la inmensidad de su Corazón...